

## ANTONIO MILLÁN-PUELLES, FILÓSOFO. IN MEMORIAM

El pasado día 22 de marzo, Martes Santo, falleció en Madrid el filósofo Antonio Millán-Puelles, que fue Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid y que, como escribía Juan Cruz Cruz, en "El País" (24/03/05), "es junto con Ortega y Zubiri, uno de los metafísicos más hondos que ha producido la cultura española del siglo XX. su obra lo acredita". La mayoría de sus libros fueron reseñados por "ESPIRITU". La Dirección y el Consejo de redacción de la revista, además de expresar públicamente su pésame y condolencia a sus familiares y amigos, para expresar su homenaje y gratitud al buen amigo y colaborador de BALMESIANA, ha pedido un escrito sobre su vida y su obra al profesor Dr. D. Jesús Villagrasa, profesor de Metafísica en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum de Roma, que desde que hizo su tesis doctoral sobre la *Teoría del objeto puro* de Antonio Millán-Puelles, se ha convertido en uno de las más prestigiosos expertos del prestigioso pensador español. El texto que ha tenido la amabilidad de enviarnos para esta sección, y que le agradecemos muy sinceramente, es el siguiente:

"El día 22 de marzo de 2005 fallecía en Madrid Antonio Millán-Puelles, uno de los mejores filósofos españoles del siglo XX. Quienes hemos tenido la dicha de conocerle, de estudiar su obra y de gozar de su amistad sincera, sentimos su partida. Nos consuelan la fe, la esperanza y el amor cristianos que animaron su vida. Quisieramos recordar su persona, su calidad humana, su vida cristiana, su dedicación a la familia y a la enseñanza, su amor a su esposa María Josefa, a sus hijos y nietos, su nobleza y lealtad a los amigos... todo aquello lo hacía ser un gran hombre. Nada de eso, lo más importante, diré. Como «abstraer no es mentir» me limitaré a presentar una sola faceta de «Don Antonio»: su ser-filósofo.

Antonio Millán-Puelles nació en Alcalá de los Gazules (Cádiz) el 11 de febrero de 1921. Un día, en los años de la guerra civil española, leyendo las *Investigaciones Lógicas* de Husserl, se perfiló su vocación filosófica. De 1939 a 1941, cursó los estudios comunes en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de San Fernando de Sevilla. Continuó sus estudios especiales en la Universidad de Madrid como discípulo –durante poco más de un año– de Manuel García Morente. En 1943 mereció el Premio Extraordinario de Licenciatura en Filosofía y Letras (Sección filosofía). En 1944 obtuvo, por oposición, con el número 1, la cátedra de Filosofía de Institutos Nacionales de Enseñanza Media. En 1946, leyó su tesis, *El problema del ente ideal. Un examen a través de E. Husserl y N. Hartmann*, galardonada con el Premio Extraordinario de Doctorado.

En 1951 ganó por oposición la cátedra de «Fundamentos de Filosofía, Historia de los sistemas filosóficos y Filosofía de la Educación» de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid; su lección inaugural versó sobre la *Libertad como expresión del ser*. Detenta esta cátedra hasta 1976, fecha en la que ocupa, hasta su jubilación en 1987, la cátedra de Metafísica. También en 1951 publica *Ontología de la existencia histórica*. Al lado de su actividad universitaria funge como secretario del Instituto de Pedagogía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas –del que después fue Consejero Numerario– y vocal de la Junta directiva del Ateneo de Madrid. En 1954 es llamado como profesor extraordinario por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza, Argentina). Allí desarrolla dos cursos simultáneos: «Mutabilidad accidental del ente» y «El logicismo en metafísica». Al terminar el curso académico, regresa a su cátedra de Madrid.

Su obra más difundida –va por la 14ª edición–, *Fundamentos de filosofía*, vio la luz en 1955. De 1958 es *La claridad en filosofía y otros estudios*. En 1961, su obra *La función social de los saberes liberales* recibió el Premio Nacional de Literatura, sección «Francisco Franco», para libros de pensamiento. En ella completa algunas de las ideas de su discurso de ingreso a la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en abril de ese año. De 1962 es *Persona humana y justicia social*. Entre 1963 y 1968 dirigió la sección de Filosofía de la Enciclopedia de la Cultura Española.

A Millán Puelles se le reconoce un peso específico en la Filosofía de la Educación española. Más allá de su docencia y de algunos artículos menores publicados en revistas y diccionarios, este influjo se debe a la difusión de su obra *La formación de la personalidad humana* (1963). *La estructura de la subjetividad* (1967)

fue considerada –hasta las obras de la etapa de jubilado– su principal aportación a la filosofía y recibió el Premio Juan March de Investigación Filosófica.

Ha sido patrono del Museo del Prado (1966) y consejero cultural de la Fundación General Mediterránea (1971). En 1972 fue nombrado director del Departamento de Filosofía Fundamental de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense y profesor de la Escuela Diplomática; en 1974 publicó *Economía y libertad* y fue colaborador cultural de la *Limmat Stiftung* de Zúrich (Suiza). En 1976 recibió el Premio Nacional de Investigación Filosófica, publicó *Universidad y sociedad* y *Sobre el hombre y la sociedad* y colaboró con W. Wertwbruch y E. De Jonghe en la redacción de *Die Moral des Wohlstandes* (Adam Verlag).

Ha sido *Gastprofesor* de la Universidad de Maguncia, profesor extraordinario de la Universidad de Navarra, profesor visitante de la Universidad Panamericana de México, miembro de la Junta Directiva de la Sociedad Internacional de Fenomenología, presidente de la Sociedad Española de Fenomenología, socio de honor de la Sociedad Mexicana de Filosofía y miembro honorario de las Universidades Argentinas. Ha recibido la Gran Cruz del Mérito Civil. Por Real Decreto 339, de 23 de marzo de 2001, se le concedió la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio (BOE de 24 de marzo de 2001). El 20 de abril de 2001 se celebró una Jornada Académica en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense, conmemorativa del 50º aniversario de su nombramiento como Catedrático de la Universidad de Madrid.

Sus obras principales más recientes –como casi todas las anteriores ha sido publicadas con Rialp– son *Léxico filosófico* (1984, 20022), *Teoría del objeto puro* (1990; *The Theory of the Pure Object*, 1996), *La libre afirmación de nuestro ser. Una fundamentación de la ética realista* (1994), *El valor de la libertad* (1995), *Ética y realismo* (1996, 19992), *El interés por la verdad* (1997) y *La lógica de los conceptos metafísicos* en dos volúmenes (2002, 2003). Ha dejado inconcluso un estudio sobre la inmortalidad del alma.

Ha dirigido 28 tesis doctorales en la Universidad Complutense de Madrid a estudiantes que hoy tienen ya un nombre en el mundo filosófico español: José Luis Rodríguez Sánchez, *El ser absoluto de la conciencia: un análisis de su sentido en la filosofía de E. Husserl* (1970); José Antonio Ibáñez-Martín Mellado, *El compromiso humano con la historia en la filosofía de M. Merleau-Ponty* (1972); Ignacio Zumeta Olano, *La metafísica de Nicolás de Cusa: la idea del infinito* (1972); Rafael Alvira Domínguez, *La noción de finalidad: un estudio a través de Aristóteles y Santo Tomás* (1972); Fernando Luis Peligero Escudero, *Objetividad e idealidad en Husserl: la polémica contra el relativismo* (1973); Javier Hernández-Pacheco Sanz, *Acto y substancia: estudio a través de Santo Tomás de Aquino*, (1980); Ramón Rodríguez García, *La fundamentación formal de la ética: análisis del proceso de fundamentación de la ética en la obra de Kant* (1980); Miguel García-Baró López, *Fundamentos de la crítica de la razón lógica: ensayo fenomenológico* (1983); Rogelio Rovira Madrid, *Teología ética: Fundamentación y construcción de una teología racional según los principios del idealismo trascendental* (1986); José María Barrio Maestre, *El ser y la existencia: analítica del ser como acto y como hecho* (1987); Víctor Velarde Mayol, *La Teoría del Objeto en Alexius Meinong* (1988); José Sarasa San Martín, *El problema de Dios en Unamuno* (1989).

Las principales tradiciones filosóficas que han influido en A. Millán-Puelles son la fenomenológica y la aristotélico-tomista. Millán Puelles se interesa por la fenomenología de Husserl desde sus años de estudiante y en sus investigaciones posteriores no abandonará el método fenomenológico. Es considerado un pionero de la *fenomenología* en el mundo de habla hispana. Los mejores rasgos de la auténtica fenomenología se dan en él: la apertura a la verdad, venga de donde venga, y el apego a los fenómenos y a los datos de la experiencia, analizados cuidadosamente y sin reduccionismos o construccionismos. Se refiere frecuente y positivamente a fenomenólogos y profenomenólogos como Bolzano, Brentano, Meinong, Marty, Husserl y Hartmann, entre otros. Hacia Brentano siente una deuda de gratitud que expresará con la traducción y el prólogo a *Sobre la existencia de Dios* (1979). Admira las críticas de Husserl al psicologismo y al escepticismo, pero dirige serias críticas al idealismo fenomenológico del último Husserl. Piensa que los discípulos de Göttingen, de primera hora, tienen en conjunto razón al ver en la fenomenología un instrumento extraordinario, que no cierra el paso al realismo metafísico, sino que más bien lo abre. El simultáneo uso y crítica de la fenomenología de Husserl expresa su coherencia con un verdadero espíritu objetivo y fenomenológico que lo lleva al desacuerdo con el fundador de la fenomenología si percibe distorsiones o malas interpretaciones de los datos. De todas formas, Millán-Puelles se reconoce más bien en la tradición aristotélico-tomista; su pensamiento ha transitado de la fenomenología a la filosofía del ser.

Los principios de la metafísica aristotélico-escolástica suelen ser el punto de apoyo o el motivo inspirador de sus obras. Podría ser llamado también «tomista», pues muchas de las posiciones que sostiene son tomistas, pero las sostiene porque le parecen verdaderas; y si es el caso no duda en criticar a los tomistas más reconocidos. No es un simple glosador de Tomás de Aquino. Se mantiene atento a las vanguardias filosóficas del tiempo e incrementa el acervo recibido e la tradición con aportaciones propias. Las obras de Millán-Puelles tiene el sello de la originalidad por la temática tratada o por la perspectiva adoptada. Concibe la tarea del filósofo como un replanteamiento y desarrollo de los grandes problemas y temas filosóficos de siempre expresados con nuevos términos y en nuevos contextos. Incluso en su manual para universitarios, *Fundamentos de Filosofía*, que es el más tradicional y aristotélico-tomista de sus escritos, dialoga con filósofos de todos los tiempos e incorpora la terminología adecuada al momento presente, renunciando a tecnicismos inconvenientes. Su amplio conocimiento de la historia de la filosofía y su talante especulativo lo libran de las «estrecheces de escuela» y lo mantienen en un pensamiento de vanguardia.

Millán-Puelles reconoce como *maestros inmediatos* a Manuel García Morente (1886-1942) y a Leopoldo

Eulogio Palacios (1912-1961), pero sus fuentes son directas, lejanas y múltiples; sin despreciar las ibéricas, entre las que sobresalen Juan de santo Tomás, Francisco Araujo y Francisco Suárez.

Millán-Puelles pudo aprender, gracias al magisterio de García Morente, las corrientes filosóficas europeas del primer cuarto del siglo XX. García Morente estudió, desde 1903, en la Facultad de Letras de la Sorbona, donde Émile Durkheim enseñaba su sociologismo; entre los años 1905 y 1907 tuvo trato frecuente con Henri Bergson. La gran preocupación filosófica de García Morente fue explicar el carácter propiamente objetivo de la cultura humana. En 1911 se encuentra en Marburgo con Ortega y Gasset, y recibe junto a él, de Hermann Cohen, Paul Natorp y Ernst Cassirer, la respuesta que ofrece el neokantismo a ese problema. A partir de entonces, la interpretación neokantiana del idealismo crítico de Kant se convierte, si no en el credo filosófico de García Morente, sí desde luego en la filosofía de referencia. El grupo de estudiantes españoles de Marburgo no se sumó al neokantismo, pero lo conocía bien. García Morente fue compañero de Nicolai Hartmann en Marburgo y traductor de obras de Brentano y Husserl al castellano: las *Investigaciones Lógicas* de Husserl en 1929. Recuperada la fe católica en los años de la guerra civil, García Morente se acercó a la escolástica y al tomismo. Se propuso superar el idealismo y sólo lo logró con las aportaciones de Brentano y Tomás de Aquino. Millán-Puelles no lo recuerda como un profesor tomista.

Millán-Puelles fue conquistado para la escolástica por un metafísico que enseñó lógica desde 1944 en la universidad de Madrid, y que en 1943 había defendido una tesis doctoral sobre Juan de santo Tomás: L. E. Palacios. Su primera tesis doctoral dirigida fue la de Millán-Puelles. Con estos maestros parece lógico que el tema haya sido *El problema del ente ideal. Un examen a través de E. Husserl y N. Hartmann*.

Una conclusión inmediata que se saca de sus antecedentes personales y de sus maestros es que no resulta fácil etiquetar a Millán-Puelles dentro de alguna escuela. Pero si hubiera que encuadrarlo, habría que colocarlo entre los tomistas por dos motivos: porque él mismo da un lugar de preferencia a santo Tomás y a sus comentaristas en el planteamiento de los problemas y en la exposición de las soluciones, y porque en la investigación mantiene el mismo espíritu abierto y crítico de Tomás de Aquino.

Tanto en las obras de alta especulación como en las de divulgación, Millán-Puelles revela un *talante filosófico* claro y riguroso, preciso y sobrio, analítico y metafísico.

*Claridad y rigor.* La claridad es, para Millán-Puelles, una exigencia misma de la filosofía, la manera de hacer filosofía, la idea misma de filosofía: «La exposición *debe ser* clara –dice– porque ella misma es una aclaración». No una mera claridad estilística, ni mucho menos, ramplonería. «La claridad de lo inmediato y llano no es la propia de la filosofía». La única claridad de la que con relación a la filosofía suele hablarse –y que él denomina «instrumental»– es la de menor importancia, pues debe estar precedida por la claridad «formal», es decir, por la claridad del *concepto*, que consiste en la precisión, exactitud, «claridad y distinción» y comprensión; y por la claridad del *discurso* o claridad sistemática, que se manifiesta en el esquematismo y la brevedad; y, también, por la claridad «radical», es decir, la objetividad o verdad ganada en la intelección filosófica y expresada en la comunicación filosófica.

Millán-Puelles llama *rigor* a esta claridad «formal» y «radical». No desprecia la claridad «instrumental»; al contrario, él mismo es un modelo de ella. Pero la tiene en consideración tanto cuanto sea precisa para el fin de la clarificación; estos recursos auxiliares se usan no por deleite, como en la poética, sino por necesidad y utilidad, pues es propio de la naturaleza del hombre llegar a lo inteligible a través de lo sensible.

Millán-Puelles es un autor claro, pero no fácil. En las grandes obras especulativas utiliza un método riguroso, una técnica depurada; se expresa en un lenguaje denso y apretado sin concesiones a excesos literarios o al mariposeo. La profundidad va hermanada con una sobresaliente claridad que no ahorra al estudioso la fatiga en los temas difíciles. «Ha escrito páginas difíciles –afirma Fernández de la Mora–, pero siempre diáfanas, ordenadas, esforzadamente mantenidas en las antípodas de la paradoja, la logomaquia y la ambigüedad».

*Precisión y sobriedad.* Millán-Puelles escribe un castellano sencillo, correcto y, en ocasiones, no exento de sobria belleza. La frase es ajustada y transparente, fácil o difícil según la idea misma que expresa. No elude la construcción compleja ni el periodo largo. Con fines pedagógicos recurre a juegos de palabras, para abreviar en una frase un amplio argumento. Los que lo han escuchado admiran su sorprendente acuidad y diafinidad conceptual, su precisión terminológica y su estilo sugestivo.

Expresión de su sobriedad es no hacer alarde expreso de la erudición que posee. Quien conozca un poco los problemas que trata apreciará esa agilidad y soltura al desarrollarlos que solamente se logra después de una larga y difícil familiaridad con autores y sistemas. Muchas de sus páginas son fruto de una elaborada reflexión personal, puramente doctrinal, de los que, en buena medida, están ausentes las citas bibliográficas. Su estilo ha sido comparado al del orfebre, por la densidad, minuciosidad, cuidado y pulcritud del trabajo.

El recurso a las etimologías y a las expresiones en otras lenguas no es raro, mas siempre apropiado y conciso; nunca un fin en sí mismo. La etimología no es un subterfugio para eludir el problema o para dar una respuesta aparente. La etimología ayuda a plantear los problemas, pero no los resuelve.

*Analítico y metafísico.* Millán-Puelles es un metafísico, «el primero de nuestros metafísicos vivos» (G. Fernández de la Mora, 1998), no sólo por ser catedrático de metafísica, sino porque concibe la filosofía como metafísica: la metafísica, pensando el todo, busca la síntesis, pero sólo la alcanza al final de un laborioso trabajo de análisis. Es poco amigo de las trasposiciones, irenismos falsos o fáciles paralelismos entre sistemas filosóficos o autores. Prefiere la confrontación clara, distinguir para unir, perfilar fronteras nítidas cuando las hay y reconocer, al mismo tiempo, semejanzas y elementos comunes. La contraposición entre

sistemas, autores e ideas es una constante en su modo de hacer filosofía. Al confrontar sistemas filosóficos o autores, Millán-Puelles evita las fusiones o mezclas inestables. Los títulos de sus publicaciones manifiestan la variedad temática; cosa sorprendente en este tiempo de especialización. Su inteligencia, de gran finura analítica, al estar abierta a un amplio espectro de intereses, se libra de la excesiva fragmentación del saber filosófico y de imponer puntos de vista pasajeros o unilaterales. Esta apertura temática no es una opción arbitraria; se trata –dice– del «estilo mismo del pensamiento filosófico que a mí me parece el más auténtico y fecundo».

En sus obras predomina la especulación filosófica sobre la historia de las opiniones porque así lo exige la naturaleza misma de la filosofía. «*Filosofar no es historiar*. Lo cual –dice Millán-Puelles– no significa que el filósofo pueda permanecer ajeno a la historia concreta de su saber. Muy por el contrario, esta historia debe serle conocida, y justamente de una manera histórica; la única capaz de dar cuenta de un proceso concreto y determinado». Una radical separación de la filosofía y la historia de la filosofía sería insensata, porque la filosofía gravita entre dos polos: la historicidad y la verdad. La primera es una condición; la segunda, algo esencial. Este talante especulativo, más atento a los problemas que a las opiniones, y siempre en diálogo con los grandes maestros, a quienes conoce bien, le permiten ser un crítico agudo, libre y respetuoso, y estrenar en cada línea de su obra un legado de siglos que remite a temas y problemas que se continúan y renuevan.

Si hubiera que buscar un *tema inspirador* en el quehacer filosófico de este metafísico que es A. Millán-Puelles habría que identificarlo en el hombre, en cuanto *logos* que se reconoce existente en el ser y que debe hacerse ejercitando una libertad recibida. El mismo ha dicho que la cuestión que más radicalmente le interesa consiste en saber «cómo es posible que el hombre llegue a traicionarse a sí mismo, o sea, a preferir para sí mismo lo que realmente se opone a su más auténtico ser».

Su metafísica –también en obras tan abstractas y aparentemente alejadas de la realidad como la *Teoría del objeto puro*, que trata de lo irreal– se inscribe en una tensión o itinerario intelectual que va del *logos objetivo* a la *acción moral* a través de la mediación de la *metafísica del ser*. Esta tensión parece reflejarse en sus obras más significativas, *La estructura de la subjetividad* y *Teoría del objeto puro*. Ambas comienzan constataando la necesidad del estudio de las *condiciones de posibilidad* de algún fenómeno del *logos* y terminan con la *afirmación* de la libertad.

En *La estructura de la subjetividad* dice: «Esta sustancia, fundamentalmente abierta al Ser, tiene que ser pensada de tal modo que se pueda entender la posibilidad humana de asumir como si fuesen seres las falsas apariencias dimanadas de un origen empírico» (p. 10). Y en la última página de la obra considerar el carácter fáctico y limitado de la libertad: «Para poder optar, yo, que soy limitado, he de ser previamente requerido por seres que también son limitados (o por algo que así se me presenta en función de mi igualmente limitada manera de conocer)» (p. 417).

*Teoría del objeto puro* se abre afirmando que el realismo teórico exige la elucidación de lo irreal y que para ello se han de analizar las condiciones gracias a las cuales es posible que lo que no es real «llegue a instalarse –constituido en objeto, a pesar de su irrealidad– en la esfera de lo dado o manifiesto a alguna subjetividad consciente en acto» (p. 13); y se cierra con estas palabras: «*En todo uso de la libertad –también en el uso práctico– lo irreal es imprescindible para la realidad de nuestro ser*» (p. 832).

Su interés por el ente ideal, por el objeto en cuanto objeto, por la consistencia del *logos*, es en Millán-Puelles algo inicial y originario, pero ordenado a la cuestión clave: ¿cómo es posible que el hombre haga mal uso de su libertad? ¿cómo salvar la libertad? La filosofía busca respuestas últimas. Su tarea es demasiado larga para una vida cuyos senderos son siempre interrumpidos. La obra sobre la inmortalidad del alma que Millán-Puelles estaba escribiendo es también un «sendero interrumpido». Un Camino interminable ha sido abierto a «Don Antonio»: la eternidad en Dios. A Él encomendamos su alma. ¡Descanse en paz!.

DR. JESÚS VILLAGRASA, L.C.  
Ateneo Pontificio Regina Apostolorum de Roma